

el obispado, llamó á sus cooperadores y á los discípulos de éstos. Unos fueron destinados al servicio de la parroquia, la cual empezó desde luego á señalar su piedad entre todas las iglesias de la capital; y otros se encargaron de la direccion del seminario, donde la decencia clerical, la regularidad, el fervor, el celo de la casa de Dios y todas las virtudes sacerdotales no contribuyeron menos á la edificacion pública. Este establecimiento fue confirmado por la autoridad de los superiores eclesiásticos y por una real cédula expedida en 1645. La reputacion de este seminario, gobernado siempre con mucho acierto, fue aumentando cada dia mas y mas; de suerte que en poco tiempo llegó á ser como una escuela del episcopado, y la fuente principal á que ha acudido hasta nuestros dias la iglesia de Francia para ocupar dignamente sus mejores sillas.

El infatigable superior de San Sulpicio estableció tambien seminarios no menos apreciables en Nantes, en Viviers, en Puy de Velay, en Clermont de Auvernia y en Quebec, en el otro hemisferio. Dió misioneros para que acompañasen á una colonia que iba á habitar la isla de Mont-Real, en la nueva-Francia, y para trabajar en la conversion de los naturales de aquel país inculto. Volvió á ejercer por sí mismo las funciones de misionero, y despues de una enfermedad que le habia obligado á renunciar el curato, hizo una mision general en el Vivarés, y restableció el ejercicio de la Religion católica en la ciudad de Privas, de donde habia estado desterrada por espacio de mas

de treinta años. Acometido de una apoplejía que le dejó paralítico de la mitad del cuerpo, sostuvo con sus exhortaciones y ejemplo, con su cuidado, y por medio de sus compañeros, las grandes obras á que no podia dedicarse ya por sí mismo. En fin, lleno de méritos á los cuarenta y nueve años de edad, y generalmente venerado, murió santamente á 2 de Abril de 1657. Además de los frutos abundantes de sus trabajos exteriores, dejó varias obras de piedad que están llenas del espíritu de Dios, y las estiman mucho las personas versadas en la vida interior.

29. El celo de la fe y de la mas severa disciplina se estendia desde el seno luminoso del catolicismo hasta las regiones que estaban todavia cubiertas con las sombras de la infidelidad y supersticion. Animados de una santa emulacion los religiosos de las varias órdenes que trabajaban en convertir á los pecadores, parecia que se disputaban la gloria de arrostrar los peligros y los trabajos del apostolado, y de estender el imperio de la Iglesia hasta las estremidades mas remotas del universo. Pero en medio de su ardor por los progresos del Evangelio, cuidaban con grande esmero, especialmente en la China, de trasmitirle con toda su pureza y sin ninguna mezcla de las supersticiones del país; y aun parece que fue demasiado escrupulosa la delicadeza de algunos en este punto. Ya hemos visto que el padre Morales, del orden de Santo Domingo, habia impetrado en Roma un decreto contra los honores que tributan los chinos á sus parientes difuntos y á su filósofo Confucio,

porque los habia representado como supersticiosos.

Siendo diferente el modo de pensar de otros muchos misioneros de varias órdenes, creyó el padre Martini, jesuita, que debia volver á Europa para instruir al Sumo Pontífice del estado exacto y verdadero de las cosas (1). Espuso que en lo que se habia calificado de sacrificios no habia ningun sacrificador ni ningun ministro de secta idolátrica, sino únicamente los filósofos que se reunian con sus discípulos para reconocer al mas célebre y mas antiguo doctor de la nacion como su primer maestro, con unas ceremonias que por su misma institucion eran de mera política, y se dirigian á un honor puramente civil. En cuanto á los honores que generalmente se tributaban en la China á los difuntos, añadió, que el parage en que se les honraba era en todas partes una sala ordinaria, y nunca un templo: que los chinos no atribuian ninguna divinidad ni poder á las almas de los muertos: que ni les pedian ni esperaban nada de ellos; y en una palabra, que en todo esto no habia cosa alguna que tuviese conexion con los sacrificios ni con el culto religioso. En vista de estas representaciones espidió la congregacion del santo oficio un decreto que permitia á los chinos convertidos practicar las ceremonias de su país con respecto á Confucio y á sus parientes difuntos, pero siempre protestando, para mayor seguridad, contra cualquier supersticion que pudiera haber en ellas.

A ejemplo de San Gregorio Magno, que permitió

(1) *Mem. Cron. ann. 1645 y 1656.*

á los ingleses recién convertidos conservar unos usos muy singulares, pero indiferentes á la religion (1), le pareció á Alejandro VII, que era prudencia tolerar en la China unas ceremonias públicas, cuya supresion podia oponer un obstáculo inseparable á la propagacion de la fe en un imperio que con tanto teson procuraba sostener sus antiguos usos. Como este Papa hizo insertar en su decreto las razones que habia alegado Morales para impetrar el del Pontífice precedente, el último que se obtuvo fue mirado por la mayor parte de los misioneros, con inclusion de los dominicos, como un juicio contradictorio y definitivo. Sin embargo, se quejaron algunos á Roma de que se decia en la China que habia sido revocado el primer decreto: con cuyo motivo la congregacion general de la inquisicion espidió uno nuevo, en que se declaraba que los de Inocencio y Alejandro subsistian segun su forma y tenor, esto es, segun la diversidad de las circunstancias y de las cosas que se alegaron para impetrarlos. Esto era lo único que entonces podia disponer Roma prudentemente, en vista de unos testimonios traídos de tan léjos, contrarios entre sí y sospechosos de parcialidad. Por otra parte la materia era sumamente delicada, ya porque podian detenerse ó impedirse los progresos de la fe, y ya por el peligro que habia de autorizar la supersticion. No obstante, como cada misionero quedó con la libertad de obrar segun sus luces y su conciencia, hubo bastante paz en la mision hasta la llegada de

(1) *Bed. Hist. Ang. l. 1. c. 30.*

los que fueron enviados en 1684 con el título de vicarios apostólicos, como se dirá cuando lleguemos á este tiempo.

30. Las misiones de Siria, menos famosas que las de la China, y desempeñadas por misioneros de estado ó de genio mas conciliativo, estaban tambien mucho mas sosegadas. Por lo menos, solo tuvieron que sufrir los insultos de los enemigos declarados de la fe, á quienes domina una codicia insaciable, y un grande ódio del nombre cristiano, especialmente de los católicos romanos. Los religiosos de San Francisco, llamados en Oriente padres de la Tierra Santa, son como los curas propios de los fieles del ritu latino en Siria y Palestina; y los de la compañía de Jesus, íntimamente unidos en todos tiempos con los franciscanos, desempeñaban con la misma buena armonía las funciones apostólicas. Esta concordia proporcionó á los misioneros jesuitas la facilidad de formar cinco establecimientos principales, desde donde los operarios evangélicos se esparcian por ciertos y determinados distritos para cultivar con orden la viña del Señor. Habia dos en los dos puntos mas frecuentes de la Siria, á saber; Trípoli y Seide, que es la antigua Sidon: dos en las dos principales ciudades de aquella vasta provincia, esto es, Alepo y Damasco; y el quinto en la poblacion de Antura en el Kesroan.

La mision de Alepo, antiguamente Hierápoli, una de las ciudades principales del imperio otomano, fue la primera que se estableció, y puede mirarse

como la matriz de las demás (1). En 1625, el Papa Urbano VIII, conformándose con el dictámen de algunas personas juiciosas y celosas del bien de la Iglesia, creyó que era necesario enviar cuanto antes misioneros á aquellos países, si habia de evitarse la ruina total de la verdadera fe en unos lugares en que la estableció el Salvador de los hombres. Se dirigió, pues, al general de la compañía de Jesus para que le diese algunos misioneros. Se le dieron desde luego dos hombres laboriosos con destino á la ciudad de Alepo, célebre por su belleza, por su poblacion de cerca de doscientas mil almas, por el rico comercio que en ella se hace de lo mas precioso que produce la Persia y la India, y por el carácter de sus habitantes pacíficos, ingeniosos y mucho mas civilizados que los de las demás ciudades otomanas. Sin embargo, no les faltaron contradicciones ni cruces. La prision y el destierro fueron los primeros frutos que cogieron de su apostolado, lo que solo sirvió para aumentar su valor y aun su esperanza, pues estaban persuadidos á que nunca prospera mas la obra del Señor que cuando tiene mas obstáculos que vencer. Pero como se los obligó á salir apenas llegaron, y se vieron precisados á embarcarse y á volver á Europa, se retiraron á Constantinopla, donde, mediante la proteccion del embajador de Francia, y la poderosa recomendacion del Rey, informado de sus desgracias, consiguieron una orden absoluta del Gran Señor para que egerciesen su ministerio con

(1) *Cart. edif. Edic. de 1780. t. 1. cart. 2. p. 119 y sig.*

toda libertad. Restituidos á Alepo, fueron presentados de nuevo ante el Bajá y acusados como perturbadores de la tranquilidad pública; pero el nuevo gobernador que los habia conocido en Constantinopla, mandó que compareciesen con ellos sus acusadores, á quienes únicamente inspiraba el espíritu de cisma y de libertinage; y mirando á éstos con semblante terrible: „Sois unos impostores (les dijo): conozco perfectamente á estos religiosos: yo mismo firmé la orden que tienen del Gran-Señor; y mandaré poner en la cárcel al primero de vosotros que se atreva á inquietarlos.” Despues dijo á los misioneros con mucho agrado: „Tranquilizaos: yo os recibo bajo mi proteccion: nada teneis que temer.” Entonces se entregaron con entera libertad á las funciones de su ministerio, y con su constancia, sobre todo en instruir á la juventud, con su cuidado en hacer que ésta adquiriese una forma de vida arreglada, y con su caridad magnánima en socorrer á los enfermos durante la peste que poco despues se encendió en toda la ciudad, se grangearon el afecto de los fieles y de los infieles, de los comerciantes ingleses y holandeses, como tambien de la nacion y del cónsul de Francia, que al fin les dió su capilla con el título de capellanes suyos, para que en cierto modo estuviesen bajo la salvaguardia del derecho de gentes: lo que confirmó despues el Rey Luis XIV por un despacho formal que los ponía bajo la proteccion particular del Rey cristianísimo. En pocos años se aumentó considerablemente el número de los católicos entre

los cristianos griegos, maronitas y armenios. Se cree que llegaron á cincuenta mil, sin contar muchos europeos que pasaban á aquella ciudad opulenta con motivo del comercio.

31. La mision de Antura en el país propio de los maronitas, esto es, en las montañas del Líbano, fue establecida en 1556 (1). Es un prodigio la perseverancia de esta pequeña nacion en la fe católica en medio de los infieles, de los cismáticos y de todo género de hereges. Tomó su nombre, y tiene su adhesion á la santa creencia del santo abad Maron, que nació en la Siria en el siglo cuarto, y no debe confundirse con un famoso monotelita del mismo nombre y casi del mismo tiempo. El que tan justamente honran los maronitas se santificó en la vida cenobítica, y dirigió un gran número de discípulos en la misma carrera. Fue tal la reputacion de su santidad, que San Juan Crisóstomo le escribió desde su destierro para conseguir por su intercesion el valor que necesitaba en las persecuciones que padecia. La carta de este santo abad al Papa Hormisdas, y el libro que presentó al concilio de Calcedonia, son unos monumentos auténticos de su celo por la verdadera fe.

Despues de su muerte edificaron sus discípulos otro monasterio cerca del rio Oronte, y para hacerle mas recomendable le dieron el nombre del santo abad á quien lloraban. El mismo nombre añadieron al de Juan, que era el del nuevo superior que eligieron, y que se opuso con el mismo buen éxito á los

(1) *Cart. edif. t. 1. p. 238. y sig. Ibid. p. 109. &c.*

progresos de la heregía. Hizo que la abjurasen muchos, y defendió tan grandemente á su nacion contra los atentados de los hereges y cismáticos que la rodeaban por todas partes, que fue la única que en el Oriente quedó adicta de un modo inviolable al centro de la unidad católica. Este abad, Juan Maron, fue el primer patriarca de los maronitas instituido por la santa Sede romana. Desde aquel tiempo hasta nuestros dias nunca dejaron sus sucesores de dirigirse á Roma despues de su eleccion, para que fuese confirmada y para obtener el pálio.

32. Tanto mas prodigiosa debe parecer la fidelidad de esta nacion, cuanto mayor es la diferencia que hay entre ella y la religion monstruosa de sus vecinos los drusos, que en muchos parages son los que les dan la ley (1). Tiénense éstos por descendientes de los franceses que en tiempo de las cruzadas fueron á la conquista de la Tierra-Santa. Algunos autores especifican su origen y el modo con que se establecieron, y dicen, que habiendo sido derrotado por los infieles un conde de Dreux, huyeron á los montes las reliquias de sus tropas, se atrincheraron en ellos, se multiplicaron y tomaron el nombre de drusos en memoria de su gefe. Hay otros que sostienen que esta nacion tenia ya antes de las cruzadas el nombre de drusos: lo que no impediria que, á lo menos en parte, se hubiese formado de aquellos cruzados franceses, incorporados con los naturales del país, como es de presumir en vista de su afecto constante

(1) *Cart. edif. t. 2. p. 273. &c.*

á la Francia y al cristianismo. Uno de sus principales señores tiene el título de duque, y dice que descende de la casa de los Guisas.

Por bien fundada que sea su pretension, se vé en ellos muy claramente que no hay acepcion de personas con el Señor, y que es del todo libre en sus dones. Mientras se señalaban los maronitas con una perseverancia de tantos siglos en una religion abandonada por renegados de la misma sangre que ellos; los drusos, que se decian descendientes de héroes cristianos, y continuaban llamándose cristianos, solo conservaban este nombre para deshonorarle con mayor escándalo. Su religion no es mas que un compuesto monstruoso de las prácticas que han conservado del cristianismo, y de las que han adoptado del mahometismo, ya sea por su trato con los turcos, ó ya por el temor de su enemistad y de una opresion total. Aunque observan la circuncision y llevan turbante, leen siempre el Evangelio con un respeto extraordinario. No tienen ninguna veneracion á Mahoma, desechan los principales artículos de su ley, y en particular la pluralidad de mugeres. En una palabra, su alma es cristiana, y tienen mucho mas afecto á los cristianos que á los musulmanes; pero su adhesion inviolable á sus usos y á la uniformidad que en ellos se han prescrito, junto con la máxima de no oír ni discurrir jamás acerca de la religion, parece que les cierra para siempre el camino del cielo. Como habitan en el mismo país que los maronitas, y son mas poderosos que éstos, los cuales por la mayor parte

son arrendatarios, los desórdenes que naturalmente habian de reinar entre unos cristianos que habian degenerado de un modo tan deplorable, formaban un escollo muy peligroso para la salvacion de los que vivian bajo su dependencia. Este fue uno de los principales motivos para el establecimiento de la mision de Antura, cuya egecucion fue obra visible de la Providencia.

33. El pastor destinado á recoger este precioso rebaño y á preservarle de los lazos que le rodeaban, era un comerciante natural de Marsella, llamado Lambert, y residente entonces en Seide, ciudad de la Siria, donde habia ya una mision y una congregacion ó cofradía muy fervorosa (1). Se distinguia Lambert entre todos los congregantes por una piedad y una regularidad de conducta que edificaban á todos los demás y admiraban á los infieles; pero el Señor le pedia algo mas que esta muda predicacion. Por las conexiones que tenia con los misioneros, supo que iba á establecerse una mision en Ispahan, capital del reino de Persia, y se sintió inspirado para asociarse á una empresa en que se trataba de la salvacion de tantos pueblos y de un aumento tan considerable del imperio de Jesucristo. Despues de pensarlo mucho y de consultar á las personas mas dignas de su confianza, no dudó que era llamado, como antiguamente San Matéo, á la vida apostólica. Arregló sus asuntos; dejó por escrito su última voluntad á un amigo

(1) *Cart. edif. t. 1. p. 220. &c.*

virtuoso, y marchó para reunirse con los misioneros de Persia.

Los caminos de la Providencia no llegan siempre al término que se propone la piedad de los hombres. Lambert, que se creía llamado á Persia, fue conducido por varios incidentes á la costa oriental de la India, cerca de la antigua ciudad de Meliapor, que tiene ahora el nombre de Santo Tomé, por creerse que padeció allí martirio Santo Tomás. Llevado así al sepulcro de este apóstol, sospechó que Dios tenia designios particulares con respecto á él, y que se le revelarían al pie de un monumento tan santo. Se postró en la piedra en que creía todo el país que el apóstol habia padecido el martirio; estuvo allí mucho tiempo orando, y volvió muchos dias consecutivos, estando en oracion horas enteras, y repitiendo sin cesar estas palabras de Saulo, llamado al apostolado de las naciones: *¿Señor, qué quereis que haga?* Aquel que oye siempre los votos de las almas rectas, le habló al corazon y le inspiró un gran deseo de entrar en la compañía de Jesus. No era Lambert un hombre ligero y crédulo. Consultó á un religioso de San Agustin que tenia fama de santidad y de muy versado en los caminos de Dios. Este santo director, despues de examinar el asunto como correspondia, le aconsejó que sin perder tiempo abrazase el nuevo género de vida que se le inspiraba, y que para obviar las dificultades que podrian ofrecérsele en otra parte, fuese en derechura á Roma y se avocase con el general de los jesuitas. Al momento se embarcó Lambert